



XXVII domingo del tiempo ordinario

5 de octubre de 2025

«Auméntanos la fe».



«Todos los textos de la liturgia de este domingo nos hablan de la fe, que es el fundamento de toda la vida cristiana. Jesús educó a sus discípulos a crecer en la fe, a creer y a confiar cada vez más en él, para construir su propia vida sobre roca. Por esto le piden: «Auméntanos la fe» (Lc 17, 6). Es una bella petición que dirigen al Señor, es la petición fundamental: los discípulos no piden bienes materiales, no piden privilegios; piden la gracia de la fe, que oriente e ilumine toda la vida; piden la gracia de reconocer a Dios y poder estar en relación íntima con él, recibiendo de él todos sus dones, incluso los de la valentía, el amor y la esperanza».

BENEDICTO XVI, Ángelus, 3 de octubre de 2007.

«La palabra del Señor permanece para siempre; esta es la palabra del Evangelio que les ha sido anunciada».

Versículo del Aleluya en este domingo.



Comentario a la eucología menor

«Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo – por gracia habéis sido salvados – y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios» (Ef 2, 4-8).

«A Aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar, conforme al poder que actúa en nosotros, a él la gloria en la Iglesia y en Cristo» (Ef 3,20-21).

Las oraciones que encontramos en los textos litúrgicos del Misal, con las cuales la Iglesia se dirige al Padre para rendirle tributo por medio de Cristo, son palabra de Dios transformada en plegaria y esto se aplica de manera especial a la oración colecta de este domingo. Antes de lanzar una petición, la comunidad eclesial primero le manifiesta al Padre que reconoce la inconmensurable grandeza de su amor y por eso la oración afirma a modo de profesión de fe: *«Dios todopoderoso y eterno, que desbordas con la abundancia de tu amor los méritos y los deseos de los que te suplican»*. Estas palabras se inspiran en los dos fragmentos de la carta de Pablo a los Efesios que hemos citado al comienzo. Por una parte, el amor de Dios va más allá de nuestros méritos, es decir, más allá nuestras acciones, ya que hemos sido salvados por pura gracia divina. Por otro lado, el Señor siempre nos dará regalos mucho más grandes de lo que le pedimos.

Por tanto, independientemente de nuestros méritos y de nuestras súplicas, Dios nos concede sus dones con una generosidad que siempre superará nuestras expectativas. Con Dios todo es gracia en abundancia, con Él todo es gratuidad. Por esta razón, *convencidos de que la medida del don es el don sin medida* (así lo entendían los Padres de la Iglesia), le suplicamos al Padre que derrame sobre nosotros su misericordia. El verbo *derramar* evocaba la unción consecratoria en la que el aceite se vertía generosamente sobre el elegido. Esta imagen se ha usado para explicar cómo llega a nosotros el Espíritu Santo con todos sus dones los dones. Detrás de esta súplica también están los argumentos que presenta Pablo a los Efesios: Dios *«es rico en misericordia»* y por eso puede derramarla desbordantemente, sin importar que el recipiente, es decir, nuestro corazón, no esté a la medida de la abundancia de los dones divinos. Y al experimentar cómo Dios nos colma de su amor misericordioso sólo nos queda proclamar como lo hace el profeta: *«Desbordo de gozo con el Señor y me alegro con mi Dios»* (Is 61,10).

XXVII domingo del tiempo ordinario – Textos proclamados
Comentario a las lecturas bíblicas del leccionario¹

PRIMERA LECTURA

«*El justo por su fe vivirá*».

Lectura del profeta Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4.

Habacuc profetiza con toda probabilidad cuando comienza el poderío de Caldea con Nabucodonosor (605: victoria de Carquemís, que pone en sus manos el Oriente), y poco antes de la invasión de Palestina (597).

Con visión profética (caso semejante a la profecía de Jesús sobre la destrucción de Jerusalén y el fin del mundo: Mt 24), parece estar viendo dos planos: la injusticia que campa por sus fueros en el seno del pueblo elegido y la injusticia del invasor que avanza. Y denuncia ambas cosas como un escándalo: el clásico escándalo del mal que triunfa; pues, aunque el invasor sea el azote elegido por Dios para castigar la injusticia, es más escandaloso que el remedio sea una injusticia mayor (vv. 12ss.). Problema semejante al del libro de Job.

Habacuc lo eleva del plano individual al social y al del gobierno de los pueblos: novedad en la doctrina profética. Este problema no tiene solución aquí de tejas abajo (cf. Jb 42, 1-6) única solución se halla en el plano de la fe. A sí responde Dios al escándalo: visión escrita para que sea más firme y sirva de testimonio, cuando, con toda certeza se cumpla: el impío sucumbe, el justo vive por su fidelidad. Pero este mismo oráculo —centro de Habacuc— solo se puede entender y aceptar por la fe: de hecho, el pueblo, incluidos los justos, irá al destierro: sólo la fe cree en la victoria final de la fidelidad a Dios. El texto se podría interpretar según la doctrina sapiencial del triunfo final del justo aquí abajo (cf. Is 33, 6; Libros sapienciales), pero no precisa ni pone límites temporales.

En la misma línea trascendente, San Pablo apoyará en esta frase, a través del griego, su doctrina de la justificación por la fe (Rm 1, 17; Gal 3, 11). No hay violencia al texto: la fidelidad a Dios, única que salva, y una fidelidad que es posible por la fe en Dios. San Pablo subraya que la salvación no es sólo una esperanza futura, sino un hecho actual por esa fe, fuente de la fidelidad operativa. Este depósito es el que hay que guardar y predicar (2 Tm 1, 13-14).

¹ Cf. SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA (ESPAÑA), *Comentarios al Leccionario Dominical. Ciclo C*, 321-324; H. U. VON BALTHASAR, *Luz de la Palabra. Comentarios a las lecturas dominicales*, Madrid: Ediciones Encuentro 1994, 285-286.

«Ojalá escuchen hoy la voz del Señor: no endurezcan su corazón».

Salmo responsorial 94

El profeta impaciente clama «¿hasta cuándo?», y Dios responde afirmando la salvación por la fe. La llamada de la fe se repite cada día, hoy, y hay que escucharla y responder a ella cada día. No basta haber creído una vez, porque la palabra de Dios es contemporánea a nuestra vida, día a día. Esa fe, que es prontitud para el hoy, es esperanza para el mañana. Para confirmarla recordemos las obras de Dios que hemos visto o que nos cuenta la misma palabra de Dios.

SEGUNDA LECTURA

«No te avergüences del testimonio de nuestro Señor».

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 1, 6-8. 13-14.

Todo cristiano debe poseer a Cristo-Vida, pero las dificultades que encuentra en el camino lo pueden ahogar. Cristo está entre nosotros y es Luz, Verdad, Entusiasmo. Pero el hombre, al ser frágil (Sal 103, 14-16) y al estar rodeado por una fuerza hostil, guiada por el príncipe de la mentira (Jn 8, 44), puede apagar o disminuir la llamada de Cristo. Pablo ha descubierto que Timoteo, ya comprometido, está en crisis; su llama va apagándose. Por ello le recuerda el carisma que recibió el día de su compromiso; ha recibido todo lo necesario y aún más. Hay que revivir esa llama. Tiene que afianzar su vocación y elección (2 Pe 1, 10) El cristiano no ha de temer a nadie ni a nada: «no hay temor en el amor» (1 Jn 4, 18). El enfriamiento acarrea miedo y vergüenza; y sin embargo hemos de recordar las palabras del Señor: «Quien se avergüence de mí y de mis palabras, de ése se avergonzará el Hijo del Hombre...» (Lc 9, 26). Será la Palabra de Dios la que nos dará fuerza y valentía. Sólo la fe y la caridad nos permiten poseer y guardar el mensaje (el buen depósito) que nos viene interiorizado por el Espíritu que habita en nosotros.

El elegido debe acordarse del Espíritu que le ha sido conferido con la imposición de manos. Debe «avivar» en sí el fuego que quizá sólo arde tímidamente, porque es un «Espíritu de energía, amor y buen juicio». En estas tres palabras podemos ver tres realidades que se implican mutuamente: la fuerza se encuentra precisamente en el amor, que no es extático, sino sensato y prudente para luchar contra los poderes anti-divinos; esta fuerza del amor es el arma del cristiano. Esto se inculca una vez más: hay que trabajar por el Evangelio según las fuerzas que nos ha conferido el Espíritu, hay que «permanecer» en el «amor» que se nos ha dado, y todo ello conforme al ejemplo de los santos, que incluso en prisión tuvieron fuerza para sufrir por el Evangelio; éste precisamente puede ser el «buen combate» (2 Tm 4,7), el más fecundo, porque se libra junto con el Cordero.

EVANGELIO

«*Si tuvieran fe*».

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 17, 5-10.

La eficacia de la fe es el tema de la primera parte (17, 5-6). Respondiendo a la súplica de los Apóstoles (cf. Mc 9, 24), explica Jesús, mediante una hipérbole, el poder extraordinario de la fe tomada aquí en el sentido de confianza inquebrantable en Dios. La fe auténtica, por pequeña que sea, puede obtener efectos que son naturalmente inconcebibles (cf. Mt 17, 20; 21, 21).

La parábola del esclavo (17, 7-10) nos ofrece una lección distinta. Partiendo Jesús de la degradante condición en que vivía «de hecho» el esclavo, ilustra una doctrina fundamental del Evangelio; como el esclavo no puede exigir agradecimiento por su trabajo, porque no hace sino cumplir con su deber (cf. I Cor 9, 16), así tampoco el hombre, por depender enteramente de Dios, puede ir a Él con exigencias.

La parábola pone de relieve la gratuidad del don divino y refuta la doctrina farisea de la remuneración por las obras. Estaría fuera de lugar pretender deducir del texto la inutilidad de las buenas obras o la figura de un Dios cruel y déspota. La verdadera doctrina sobre estas dos cuestiones aparece bien clara en todo el Evangelio

Creer no es sentarse a esperar hasta que venga el Señor y nos sirva con su gracia, sino que la fe obtiene su inconcebible eficacia (arrancar el árbol de raíz y trasplantarlo al mar) en el servicio al Señor, que se ha convertido en el servidor de todos nosotros y que no puede soportar que nos dejemos servir por él sin hacer nosotros nada (*sola fides*), sino que considera como algo natural que sirvamos junto con él; y esto significa en realidad que hay servirle «porque donde estoy yo, allí estará también mi servidor» (Jn 12,26), y esto sin llegar a pensar orgulosamente que mi servicio será sumamente útil para el Señor (sin mí el Señor no podría hacer nada), sino justamente al contrario: en la humildad del que sabe que sin Jesús «no podéis hacer nada» (Jn 15,5).

Como él ha hecho ya todo por nosotros, la única manera de valorarnos correctamente a nosotros mismos es la que el propio Señor nos recomendó: «Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer».

XXVII domingo del tiempo ordinario

5 de octubre de 2025

«Aumentanos la fe».



Moniciones

Entrada

Queridos hermanos: hemos venido a esta Eucaristía dominical porque creemos en Cristo Resucitado que vive para siempre y se hace presente en medio de su comunidad. Hoy la palabra de Dios nos impulsa a reconocer que nuestra fe necesita seguir creciendo. Por eso debemos pedirle al Señor como lo hicieron sus discípulos: «Aumentanos la fe». Elevando esta oración, vivamos a alegría esta Eucaristía en el comienzo del mes de las misiones de este año jubilar de la esperanza.

Liturgia de la Palabra

Los discípulos de Cristo sabemos que vivimos por la fe. Esto significa ser conscientes de que nuestra vida sólo tiene sentido en la medida en que esté sostenida por el Señor. Este es el momento para creer en la palabra de Dios y para que esta palabra nos haga crecer en la confianza.

Presentación de los dones

Con fe presentamos el pan y el vino sobre el altar. Sabemos por la fe que el Señor nos ha elegido como sus amigos y por eso nos da el privilegio de sentarnos a su mesa. Presentemos, pues, nuestra pequeña fe para que el Señor la haga crecer y la fortalezca gracias al misterio de la Eucaristía.

Comunión

Nuestra fe sólo podrá crecer si le pedimos al Señor que nos la aumente y si nos alimentamos del Pan de vida que nos nutre para la vida eterna, de tal forma que el que viene a Cristo no tendrá hambre y el que cree en Él nunca tendrá sed.

XXVII domingo del tiempo ordinario

5 de octubre de 2025

«Auméntanos la fe».



Oración universal

Queridos hermanos: unidos a los anhelos y esperanzas de toda la humanidad, dirijamos con plena confianza esta plegaria al Padre de nuestro Señor Jesucristo y digamos juntos:

R/. *Aumenta, Señor, nuestra fe.*

- † Que el Señor nos siga comunicando su Espíritu Santo para renovar la misión de la Iglesia y todos los bautizados anunciemos el Evangelio con fidelidad.
- † Que el Señor reavive el don de la vocación en los ministros ordenados y en los consagrados para que den testimonio de su fe con firmeza y alegría.
- † Que el Señor fortalezca el don de la fe en los gobernantes para que puedan impulsar sus proyectos, favoreciendo el desarrollo humano y el bien común.
- † Que el Señor suscite la virtud de la esperanza en todos aquellos que sufren, para que se sientan consolados y recuperen la fuerza para seguir en el camino.
- † Que el Señor aumente nuestra fe para que crezca y nos ayude a perseverar en nuestra amistad con Cristo y en el servicio a nuestros hermanos.

Padre santo, nosotros, siervos tuyos,
te presentamos estas súplicas
e imploramos tu favor
en beneficio de toda la humanidad
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.